

pero luego venían otros de Europa á llenar el lugar que dejaban sus hermanos, que murieron mártires. Durante seiscientos años, la crónica de estos religiosos no presenta mas que suplicios en que morían unos, y vejámenes que atormentaban incesantemente á los demas. Debe asombrarnos por cierto leer que llegan á mil quinientos los Franciscanos que perecieron en Palestina á manos de los infieles, y que pasan de seis mil los que murieron víctimas de crueles epidemias durante seis siglos. « Por los documentos que leí en el convento de Jerusalem, dice Chateaubriand, se ve que los infelices religiosos que guardan el Santo Sepulcro necesitaron vivir durante muchos siglos defendiéndose dia por dia de la tiranía y de las tropelías de los mahometanos (1). » Dijimos poco há que su primer habitacion fué el monte Sion; arrojados de allí, se trasladaron á San Salvador, cuya iglesia y monasterio, á pesar de haber pertenecido á una comunión católica, tuvieron que comprar á las autoridades turcas á peso de oro. Aquí subsisten hasta hoy en la parte baja de la ciudad en un convento cerrado como fortaleza, y en cuyo centro se eleva su iglesia, pequeña por cierto é insuficiente para las necesidades de la población católica. El convento de San Salvador encierra sesenta religiosos, y debe considerarse como el seminario de las misiones que tienen los Franciscanos en Siria, Palestina y Egipto (1). En él los religiosos poseen oficinas y talleres donde aprenden muchos jóvenes diferentes oficios, y una buena imprenta, la primera que ha existido en Jerusalem.

En todos los conventos los religiosos de Palestina tienen casas para recibir á los peregrinos, á quienes hospedan y auxilian con lo necesario para continuar su viaje. En la de Jerusalem, el extranjero que llega allí para visitar los Lugares santos puede permanecer un mes entero, y durante este tiempo es servido gratuitamente de cuanto necesita: en Belen y Nazareth

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, tom. II.

dan del mismo modo hospedaje por quince dias y por ocho en los demas conventos donde es costumbre detenerse por necesidad ó por devoción. Si los PP. de Tierra Santa exigiesen alguna compensación siquiera por los víveres que consumen los viajeros, alguno podría haber dicho con apariéncia de verdad que hacían negocio con los peregrinos; mas cuando á estos nada piden, sino que al contrario se desviven por atenderles y obsequiarles, y no cesan de repetir á cada uno que nada debe, solo la ingratitud y mordacidad pudo inventar aquella impostura despreciable, que desmintieron mil viajeros distinguidos, católicos y protestantes, de todas las naciones cristianas del Viejo y del Nuevo Mundo (1).

Estos hospicios están abiertos para hombres de todas las comuniones cristianas: yo ví en el de Jerusalem los oficiales de un buque de guerra inglés, viajeros de Norte-América y dos señoras, miembros de comuniones disidentes de la Prusia; estas personas no fueron á recibir hospedaje que no da el obispo anglo-prusiano, sino que pidieron el que ofrece á todos el hospicio católico de los PP. de Tierra Santa (2).

Los recursos con que se contaron al instituir estos hospicios, único auxilio que encuentran el peregrino y el viajero que visitan la Palestina, fueron las limosnas que la Europa y la América católicas enviaban á la Tierra Santa. En época pasada fueron estas muy considerables, y los religiosos pudieron cubrir cómodamente los enormes gastos que demandan la conservación de sus misiones, la reparación de sus templos y conventos, y el pago de infinitos impuestos y gabelas á que están sujetos los superiores de cada hospicio para conservarse en paz con los jefes territoriales. Chateaubriand indica algunas de estas contribuciones, que aun cuando disminuidas considerablemente, subsisten todavía como pequeña muestra

(1) Pueden verse muchos de estos documentos al fin de una obra titulada: *Lugares Santos de Palestina*, rubricados por personas distinguidas de Francia, Inglaterra, Alemania, España, Italia y Estados de América.

(2) Las señoras son alojadas en departamento separado.

de su enormidad en otro tiempo. Pero á la vez que disminuyen estas, la afluencia de peregrinos aumenta en proporcion de cincuenta por uno cada año, y las remesas disminuyen, especialmente desde la emancipacion de los Estados de América y la guerra civil de España. Seria de desear que una voz gritase en todos los países cristianos del mundo que existe aun la Palestina, que los sitios consagrados en ella por el grande acontecimiento de la redencion humana realizado por el Hijo de Dios tambien existen; pero que necesitan para conservarse el auxilio de los que creen. Sin este no caerán, es verdad, en poder de los Turcos, que, contenidos por las naciones cristianas, no podrán ya restablecer jamas su despótico arbitraje sobre los Lugares de la Tierra Santa; pero si caerán fácilmente en poder de comuniones disidentes del catolicismo, que los comprarán á los ministros de la Puerta, si alguna vez los Latinos llegan á abandonarlos; sí, los ocuparán, repetimos, los Griegos y los Armenios cismáticos que los han disputado sin cesar á los Latinos, hasta el extremo de provocar la sangrienta lucha en que hoy vemos envueltas á las naciones mas poderosas de Europa. Los cuatro mil quinientos católicos que existen diseminados en Palestina son generalmente pobres, y léjos de poder contribuir en algo para sostener los santos Lugares, las misiones y sus ministros, piden á estos, al contrario, que les auxilien con limosnas para vivir. Solo el convento de San Salvador de Jerusalem provee de habitacion y alimento á ochenta familias, Belen, Nazareth y los demas dan segun sus facultades, y todos la enseñanza y el alimento á los niños de sus escuelas que lo reclaman. Tampoco las limosnas de los peregrinos podrian bastar á aquel objeto: he visto los libros del procurador, en que se registran cuidadosamente, especificándose la cantidad que da cada persona, y el resultado total es por cierto muy corto: la mayor parte de los viajeros nada deja, otros muy poca cosa, y raros son los que dan algo que pueda llamarse considerable. Pocos dejan, sí, de ser exigentes en

pedir á los religiosos regalos que ni estos pueden ofrecerles, ni los viajeros deberian solicitar. Yo he visto tres individuos que llegaron á Jafa en pasaje, que ningun género de comodidad podia ofrecerles, arrojar la comida que tomaban los demas, de mejor condicion por cierto que la que se sirve á los religiosos en su refectorio. Aquellos nada dieron, y lo mismo sucede con la mayor parte de los viajeros (J).

Muy raros son los peregrinos cuya memoria es tan grata para los custodios de Tierra Santa que señalen con letras grabadas sobre duro mármol el lugar de su habitacion, como he visto el del vizconde de Chateaubriand. Los que á pesar de sus ideas republicanas se gozaban en el especioso título de *Príncipes del desierto* que les dieron estúpidos Beduinos en cambio de pesetas, y los que despues de recibir gratuitamente el hospedaje de los religiosos en una época que « sin el auxilio de estos hubiera sido imposible viajar en el Oriente (1), » pagaban este beneficio pintando con pálidos colores el desinterés de sus bienhechores; ninguno de estos ha dejado, como aquel, en Palestina generosos beneficios que recordar. El *Príncipe del desierto*, el Sr de Lamartine, ese hombre que sorprende á tantos cuando leen entre sus bellas impresiones los rasgos de su generosidad referidos por él mismo, fué bien limitado cada vez que abrió su bolsa para dejar alguna muestra de gratitud en los conventos que le hospedaban (K). Pero los sentimientos del inmortal autor del *Genio del Cristianismo*, que « arrodillado al pié del Santo Sepulcro y con sus ojos clavados en la piedra no pudo levantarse en média hora, » distaban infinitamente de los que manifestaron en el mismo lugar Volney y Lamartine. Cuando la novedad ó la poesía lleva al Oriente á los viajeros para correr como locos dominados por la petu-

(1) « Aun los mismos Ingleses convienen que sin los conventos de Tierra Santa seria imposible visitar la Siria. » *Voyage, etc.*, tom. I. (De Salle.) Conozca todo el mundo la gratitud del Sr Volney, cuya pluma zahirió con injusticia á los PP. de Tierra Santa.

lancia, sus relaciones mas tienen de romanticismo que de verdad, y no será su testimonio sobre el que descansaremos en nuestras prudentes investigaciones, sino en el de quien haga sus observaciones dirigido por espíritu mas puro é imparcialidad mas severa. Nadie podrá leer mientras tanto sino con satisfaccion lo que el embajador de la Gran Bretaña en Constantinopla decia al custodio de Tierra Santa: « Estoy autorizado por S. M. para haceros entregar veinte mil piastras turcas... S. M. conoce sus méritos, y está informado de su hospitalidad con los viajeros ingleses (1). » Estos mismos sentimientos poco mas ó ménos animaban al gobierno de Prusia, cuando al acordar el establecimiento de un hospital en Jerusalem ponía á disposicion del custodio seis camas, « porque nadie como él conocia las necesidades de los miserables; » camas que no admitió el custodio por no serle necesarias.

Las Hermanas de S. José asisten en Jerusalem un hospital para los enfermos y una escuela para niñas: en ambos establecimientos existian ocupadas seis religiosas francesas, curaban los enfermos de todas las creencias sin distincion de personas, y educaban los huérfanos, sin otra regla que las inspiraciones admirables de su caridad. Estas fervorosas vírgenes consagradas á Dios en el suelo de su patria, lo abandonaron por amor del mismo para vivir cerca de la tumba de su Amado, regándola con lágrimas como Magdalena, y bañándola incesantemente con los aromas de sus obras, mas fragantes y preciosas que el *pistico* comprado por aquella para derramar sobre el cuerpo de Jesus. Los establecimientos de las Hermanas de S. José están montados bajo el mismo pié que los de las otras instituciones de caridad; y sus resultados en Jerusalem, Jafa y Belen, donde tienen sus

(1) Oficio de sir Robert Liston, enviado extraordinario de S. M. B. 10 de febrero de 1815. Original en el archivo de San Salvador de Jerusalem.

establecimientos de Palestina, son conocidos de todos, que las bendicen como á sus ángeles tutelares.

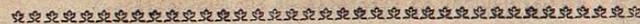
Los disidentes de la doctrina católica entraron para sembrar la herejía en Tierra Santa, aumentar con los males de la rebelion las amarguras de Jerusalem, y añadir los escándalos del cisma á las profanaciones con que deshonraban los mahometanos la tumba del Salvador. Los Griegos tienen un convento, donde estuvo ántes la casa de los caballeros de S. Juan; en él reside el patriarca cismático de Jerusalem, varios obispos titulares, y entre estos *el del fuego*, que forma una especie de categoría entre los mismos obispos, una multitud de protopopes y archimandritas, cuarenta monjes que se alternan en los officios de la comunidad, y algunos hermanos y muchachos que tambien visten hábito monacal. Su convento es grande, y se encuentra en el barrio de los cristianos. El zar ha establecido en este monasterio un obispo ruso, y llamado á Constantinopla el patriarca Cirilo, aquel tomó el gobierno de su iglesia cismática. Monjes y dignidades de aquella misma nacion prohijados poco á poco en la comunidad, han hecho sentir demasiado la influencia moscovita hasta su expulsion por la guerra en 1853.

El convento de los armenios en el monte Sion es vastísimo y espléndido, y el divan del patriarca y de los obispos recuerda los salones con que se nos pinta la opulencia de los Orientales. Cuando Chateaubriand visitó al patriarca Arsenio « cubierto con ropas de seda, sentado en ricos almohadones, comiendo dulces exquisitos y bebiendo café de Moka, » le comparó á los Turcos opulentos; hoy cuando yo he visto á su sucesor ocupando un palacio soberbio, edificado con enorme gasto, le he encontrado semejante á un soberano de Oriente. Al lado de este edificio suntuosísimo viven en claustros los monjes, y entre estos algunos jóvenes que son educados para obtener en el monacato las dignidades eclesiásticas. Yo entré en este seminario durante uno de los ejercicios de devocion que hacian en su iglesia de Santiago, y calculo su número

en el de treinta : sea por la falta de costumbre, ó sea porque el uso es chocante de por sí, mucho me disgustó ver entrar en la iglesia á los monjes y á sus educandos, y sentarse sobre el pavimento, del mismo modo que la gente del pueblo entre los Orientales. El número total de monjes armenios en los dos conventos que poseen en Jerusalem pasa habitualmente de sesenta.

Al lado del monasterio de los Griegos tienen el suyo los Coftos, y en él reside un obispo. Una tradicion coloca dentro de él el lugar del sacrificio de Abraham; mas los Samaritanos la rechazan, pretendiendo que tuvo lugar sobre la cumbre del Garizin. No obstante, dos presbíteros etíopes se empeñaban en mostrarme el sitio en que estuvo arrodillado Isaac, y el matorral que enredó los cuernos del carnero... Los Coftos en Jerusalem, á imitacion de los Griegos, suplen con inectivas todo lo que el tiempo borra en la historia y en las tradiciones humanas. Á mí me sorprendió ver alojadas dentro de este monasterio mujeres venidas peregrinando de los países orientales, y que reciben los monjes dentro de la vasta extension de su recinto, sin temer siquiera la justa crítica de los demas, que no podrá serles favorable.

Los Sirios, en fin, edificaron su monasterio, y en él residen obispos y archimandritas, popes y monjes, que representan su comunión en la ciudad santa. Pero, por doloroso que sea, nosotros preguntaremos : ¿Qué hacen tantas dignidades y tantos sacerdotes en Jerusalem? ¿Á qué ha venido esa multitud de hombres que se dicen discípulos de Jesucristo, y desconocen sin embargo la autoridad visible instituida por este?— Les trajo la mision de su interes, y vamos á ver cómo la sirven.....



CAPÍTULO XV.

Autenticidad de los Lugares santos. — Pretorio de Pilato. — Iglesia de la Flagelacion. — El arco del *Ecce Homo*. — *Via Crucis* ó calle de la Amargura. — Los Judíos contribuyendo á la memoria de las caidas. — Subida al Calvario.—Gran basilica del Santo Sepulcro. — Su incendio y reconstruccion. — Guardia turca. — Los peregrinos. — Solemne procesion visitando los Santuarios contenidos en el templo. — Piedra del ángel. — EL SANTO SEPULCRO. — Huerto de la Magdalena. — Convento subterráneo. — Los oficios de média noche. — Figuras misteriosas. — Visitas solitarias. — Oficios de los disidentes. — El coro de los Griegos. — ¡El centro de la tierra! — Sepulcros de Godofre de Bullon y del rey Balduino.

¿Á qué ha venido esa multitud, decíamos, de hombres de todas las naciones de Oriente y de Occidente? ¿Á qué ha venido esa multitud que atravesó los desiertos y los mares : de Francos, Griegos, Armenios, Latinos y Cristianos de todas las comuniones que se agolpan en Jerusalem? ¡Ah! una voz que se levanta de todos los confines de la tierra, nos dice que es Palestina, país de recuerdos y misterios, donde mil fuentes de vida, de esperanza y de gozos inefables se abren para inundar el corazon fervoroso del cristiano. ¡Los Lugares santos!

La veracidad de las tradiciones que nos señalan el lugar preciso donde la bondad de Dios desarrolló el vasto plan de la redencion humana, sacrificando su único Hijo, está probada hasta la evidencia. Mil escritores, católicos y protestantes, mahometanos y judíos, en victoriosas apologías nos dejaron de ellos una crónica tan completa, que poner en duda